

JACQUES MARITAIN Y UNA SINFONÍA INCONCLUSA

Oscar H. Beltrán

Universidad Católica Argentina

En 1822 Franz Schubert interrumpió sorpresivamente la composición de su sinfonía en si menor cuando apenas había completado dos movimientos y bosquejado el tercero. El manuscrito circuló por distintas manos hasta que Johann Herbeck la estrenó en Viena en 1865. Desde entonces se la conoce como «la Sinfonía Inconclusa».

La forma musical de la sinfonía ha sido tomada como una metáfora del orden de la Creación y del conocimiento que podemos adquirir de él. *La verdad es sinfónica* es el título de un libro de Hans Urs von Balthasar, a partir del cual ha quedado consagrada esta expresión como exigencia de armonía entre las distintas perspectivas acerca de la realidad. En su caso, se aplica principalmente al vínculo entre la teología y la estética. Pero resulta válida también para comprender en su vastedad la obra de los grandes pensadores. Tal es, a mi entender y por eminencia, el caso de Jacques Maritain.

Un tema pendiente

Maritain fue activo protagonista de una inquietud que se hizo presente con fuerza a lo largo de la última centuria: el diálogo entre las distintas formas del saber. Lo hizo con un estilo muy personal, en el que se destaca su versatilidad y erudición para moverse en todos los campos, y la audacia para confrontar los tesoros de la sabiduría perenne con las contribuciones y los desafíos del pensamiento contemporáneo. Su obra abarca importantes trabajos sobre el tema, pero en su mayoría referidos a la relación entre filosofía y teología, por un lado, y filosofía y ciencia por el otro.

Justamente la problemática del diálogo entre teología y ciencia tomó cuerpo en los foros intelectuales cuando se apagaba ya la vida del gran pensador francés, a comienzos de los años 70. El horizonte cada vez más amplio y sugerente de las nuevas teorías físicas y cosmológicas, así como los vientos renovadores de la teología postconciliar tuvieron que ver con ello. A pesar de su avanzada edad, Maritain fue capaz de entrever esos nuevos rumbos,

pero ya no pudo dedicarles un examen sistemático. En tal sentido propongo hablar de su tarea epistemológica como una «sinfonía inconclusa».

En este trabajo intentaré poner de relieve algunos principios fundamentales de la reflexión de Jacques Maritain que podrían arrojar luz sobre esta cuestión. Mi interés tiene que ver, por una parte, con la necesidad de sustraer al propio Maritain de los efectos lamentables de aquello que él mismo llamó “cronolatría”, el prejuicio de no dar valor más que a lo presente, considerando a las ideas del pasado como piezas de museo.¹ A mi entender las enseñanzas más características de este gran autor siguen vigentes si se las toma según su espíritu, y considero que su aplicación a los temas de encuentro entre ciencia y teología puede dar una prueba significativa de ello. Por otra parte, dichos temas tienen en la actualidad un notable protagonismo, pero a la vez se detectan señales de una integración imperfecta que necesita de criterios sapienciales para ser adecuadamente encauzada. Estoy convencido de que el enfoque propuesto por Maritain puede ayudar mucho en ese sentido.

Ciencia y sabiduría

«Distinguir para unir»: he aquí el lema que preside la concepción epistemológica de Maritain. Tanto desde las exigencias objetivas del realismo y la analogía del ser, como desde la contemplación de los sucesivos períodos de la historia, nuestro autor define como principio rector de aquello que describe como «república del conocimiento» el discernimiento y la justa autonomía de las disciplinas, así como su mutua complementación.

Una de las distinciones más importantes tiene que ver con la ciencia y la sabiduría. Se trata de un tema heredado de la tradición filosófica clásica al que Maritain pone al día con las debidas precisiones conceptuales. La ciencia, comprimida en la modalidad que adopta en el presente, es un saber aplicado a las causas específicas de lo real en el plano fenoménico. La sabiduría, en cambio, es la elevación del intelecto a las causas fundamentales, y se conecta, directa o indirectamente, con el ser mismo y su Causa Trascendente. Esta sabiduría puede tomar una forma no conceptual, como don del Espíritu Santo, o bien estar articulada según las estructuras de la razón, y tenemos entonces la sabiduría sobrenatural o teología y la sabiduría natural o metafísica.

¹ «... la verdad no reconoce criterios cronológicos, y el arte del filósofo no se confunde con el arte de los grandes diseñadores de ropa.» *Le philosophe dans la cité* en «Œuvres Complètes» (OC) Paris-Fribourg Saint Paul-Ed.Universitaires 1982-2000 XI p.30.

El punto más delicado tiene que ver con la relación que se establece entre ambas. En efecto, si bien se ha subrayado su autonomía, hay una manifiesta diferencia de jerarquía, pues la sabiduría aspira a conocer las razones últimas de todas las cosas bajo las cuales toman sentido las conclusiones de las ciencias particulares y, en definitiva, la existencia misma del hombre que razona. Ese desnivel jerárquico ha sido la causa de muchos conflictos. Uno de ellos fue lo que nuestro autor denominó “imperialismo teológico” medieval. En aquella época, el fervor religioso y una especie de verticalismo espiritual derivaron en una consideración servil de la actividad científica: «hay que reconocer que de una manera general la sabiduría, con un imperialismo que pagará caro, hacía sentir en estos tiempos de un modo un poco pesado su yugo real sobre la ciencia».² Y así no sorprende que, de un modo revolucionario que aquí significa también violento, el imperialismo de la teología se convierte en un imperialismo de la ciencia: «El mundo moderno, entiendo por éste al que acaba de pasar ante nuestros ojos, no ha sido el mundo de las armonías de las sabidurías, sino el del *conflicto de la sabiduría y de las ciencias* y el de la *victoria de la ciencia sobre la sabiduría*.»³ De modo que, tal como lo enseña la historia, hay una disonancia latente, una tensión difícil de resolver entre los intereses de la mentalidad científica y la actitud sapiencial.

«Dios y la ciencia»

Me detendré en este ensayo que condensa en apretada síntesis el pensamiento de nuestro autor hacia el final de su período americano, poco antes de partir definitivamente de regreso a Francia⁴. En él asume desde el comienzo la novedosa y estimulante situación de la cultura científica de posguerra, según la cual la ciencia se ha consolidado como visión del mundo pero a la vez asume la necesidad de examinarse a sí misma y de entrar en diálogo franco con la religión.⁵

Para Maritain la integración del saber, en la que están directamente comprometidas la ciencia y la teología, debe plantearse en dos planos: objetivo y subjetivo. El primero tiene que ver con exigencias de carácter lógico y epistemológico y tiene su marco teórico fundamental en la doctrina de la subalternación de las ciencias. El segundo, que en este caso toma especial

² *Ciencia y sabiduría*, Buenos Aires 1944, p. 46.

³ *Ciencia y sabiduría*, p. 46.

⁴ Publicado originalmente en inglés como el capítulo 3 de *On the Use of Philosophy* Princeton 1961. Uso la versión española *Utilidad de la filosofía* Madrid, Morata, 1962, pp. 69-88. Este fragmento aparece en las OC como « Dieu et la science » vol. XII pp. 1181-1205.

⁵ Cf. pp. 69-70.

relevancia, apunta a una instancia unificadora en la existencia concreta de un sujeto pensante llamado al encuentro con la verdad total. Si bien esta doble dimensión se hace explícita sobre todo en el tratamiento de la cuestión acerca de la filosofía cristiana, corresponde de acuerdo a su sentido que se la extienda a los demás casos de interacción disciplinaria.⁶ En tal sentido, acota Maritain, «el incentivo primero del científico es, pues, el afán de conocer la realidad. [...] La creencia en la existencia de la misteriosa realidad del universo precede a la investigación científica en el pensamiento del científico, y su afán (posiblemente más o menos reprimido) de llegar a esta realidad en sus aspectos más íntimos y profundos está latente en él, de una manera natural».⁷

A continuación se propone una clasificación de los hombres de ciencia en dos grupos: los «exclusivos» y los «liberales». Los científicos exclusivos «están convencidos sistemáticamente de que la ciencia es el único conocimiento genuino racional de que el hombre es capaz»⁸. La religión, para ellos, sólo puede tomar la forma de una adoración a la humanidad o a la ciencia misma, o acaso aplicarse a una deidad pero dentro del ámbito de lo sentimental e irracional.

Los científicos liberales, en cambio, «están dispuestos a buscar un asimiento de cosas que se dan más allá de los fenómenos, e incluso [...] admiten la necesidad de la filosofía y de un equipo filosófico adecuado para hacer tal asimiento y complementar el conocimiento de la naturaleza procurado por las ciencias.»⁹ En ellos tiene cabida el «principio de la complementariedad», según el cual a objetos formales diferentes corresponden explicaciones diferentes que, en la medida en que sean verdaderas, resultaran plenamente compatibles.¹⁰

A tenor de las tendencias culturales planteadas en el comienzo de su escrito, Maritain hace notar que en la comunidad científica se aprecia «una inclinación filosófica notable hacia la unidad del conocimiento». Pero a la vez resulta desvirtuada por «una especie de ambigüedad intelectual».¹¹ En los científicos exclusivos, se manifiesta como extrapolación arbitraria de las teorías científicas más allá de su ámbito propio, o bien por adopción de una suerte de «integrador noético» o metafísica inconsciente disfrazada de ciencia. En los científicos liberales aparece con más frecuencia pero como añadido accidental, en el sentido

⁶ *Ciencia y sabiduría*, pp. 88-89.

⁷ *Dios y la ciencia*, p. 74.

⁸ *Dios y la ciencia*, p. 75.

⁹ *Dios y la ciencia*, p. 76.

¹⁰ *Dios y la ciencia*, pp. 76-77.

¹¹ *Dios y la ciencia*, p. 70.

de que se recurre a un instrumental filosófico poco conocido y no siempre bien diferenciado de la sobreestimación que se hace de las ideas científicas.¹²

En línea con estas apreciaciones cabe recordar el estudio publicado en París en 1974, un año después de la muerte de Maritain, por Raymond Ruyer. Se trata de «La gnosis de Princeton», donde describe el movimiento intelectual encabezado por importantes figuras de la ciencia, como el Premio Nobel Fred Hoyle, que en reacción contra el avance de las posiciones materialistas proponen una cosmovisión donde prevalece la presencia de una dimensión espiritual traducida en categorías físicas como la energía y las leyes dinámicas, con una impronta fuertemente holística. El tinte filosófico y místico de esta escuela sigue muy de cerca la descripción de Maritain. Después de todo, los científicos del grupo surgieron principalmente de la universidad de Princeton, donde Maritain trabajó por más de una década, y su máximo profeta sería su ilustre vecino en el *campus*, Albert Einstein.

«Sapientis est ordinare»

El grupo de Princeton es sólo un ejemplo de la tendencia vislumbrada por Maritain, que habría de afianzarse en los años posteriores, hacia una búsqueda de la verdad en sentido totalizante, componiendo las partes dispersas del saber especializado en una síntesis de cuño filosófico-religioso. Fue así que muchos científicos se aplicaron con entusiasmo a la lectura filosófica, y no faltaron los teólogos, sobre todo en los países angloparlantes, que se pusieron al día con los cursos de física, biología y astronomía.

Por desgracia, la filosofía que los hombres de ciencia quisieron aprender, y la que los teólogos habían aprendido, no fue en muchos casos la que estaba en condiciones de responder a aquélla búsqueda. Ante el avance arrollador de la cultura tecnocientífica de posguerra, algunos intelectuales se refugiaron en sus catacumbas, otros la enfrentaron con diatribas apocalípticas y los que tuvieron la buena voluntad de conciliar a duras penas pudieron hacerse entender.

Maritain tuvo en su momento una intuición decisiva: es preciso restituir a la filosofía la potestad sapiencial de ordenar el saber, o sea de reflexionar sobre el conocimiento y la verdad en todas sus formas para establecer, desde allí, los territorios y atribuciones de cada ciencia. Y a pesar de la beligerancia reinante, no había que anatematizar a la ciencia sino

¹² *Dios y la ciencia*, pp. 79-80.

solamente ponerla allí donde pueda hacer honra a su espíritu original. Todavía más, Maritain reconoce que el temperamento científico atesora una vocación realista y un respeto por el dictamen de los hechos que la filosofía en general había perdido.

No es casual que la mente más encumbrada del pensamiento pagano, Aristóteles, haya sido a la vez un gran metafísico y un gran científico. Y la clave explicativa de ese «milagro» epistemológico es la filosofía de la naturaleza, un saber que considera lo físico en cuanto tal, pero en perspectiva ontológica. De esta manera, remueve la misma tierra que la ciencia y está muy cerca de sus preocupaciones, pero a la vez se adentra en lo profundo del ser y abre las puertas a la contemplación metafísica. Por eso, la tarea reivindicatoria de la filosofía de la naturaleza por parte de Maritain debe considerarse un aporte crucial para las cuestiones interdisciplinarias que estamos revisando.

Pero así como la filosofía realista de Aristóteles, revitalizada desde su núcleo por el pensamiento de Santo Tomás, se presenta como el interlocutor natural de la ciencia, lo mismo puede decirse de su relación con la teología. Una visión clara de lo natural sigue siendo el mejor camino hacia la comprensión de lo sobrenatural. Y así como la gracia supone la naturaleza, una buena teología supone una buena filosofía. La importancia que representa la función auxiliar de la filosofía explica el cuidado con el cual debe escogerse aquella fuente doctrinal que se ponga al servicio de la ciencia de la fe. En sus últimos años, visiblemente preocupado por algunas tendencias que se insinuaban en la Iglesia tras el Vaticano II, Maritain reflexionó sobre la necesidad de escoger para la teología una metafísica no sólo verdadera, sino también dócil al encuentro y a la interpenetración con las cuestiones sobrenaturales.

En definitiva, el acercamiento entre ciencia y teología exige una adecuada mediación filosófica que permita dar forma apropiada a la interacción entre ciencia y teología. Y solamente aquella filosofía que ha probado saberse entender con ambas partes puede servir adecuadamente al encuentro entre ellas.¹³

Esta mediación filosófica, según Maritain, supone varios puntos.¹⁴ El primero es comprender reflexivamente los métodos propios de la ciencia. En segundo lugar, se trata de asignar la correspondiente fundamentación ontológica de las entidades impostadas por el

¹³ Estas apreciaciones quedan confirmadas en el reciente documento de la Comisión Teológica Internacional *Theology Today: Perspectives, Principles and Criteria*, que en su n° 82 sostiene: "In this critical assimilation and integration by theology of data from other sciences, philosophy has a mediating role to play. It pertains to philosophy, as rational wisdom, to insert the results obtained by various sciences into a more universal vision. Recourse to philosophy in this mediating role helps the theologian to use scientific data with due care. [...] Philosophy also helps scientists to avoid the temptation to apply in a univocal way their own methods and the fruits of their researches to religious questions that require another approach."

¹⁴ *Dios y la ciencia*, pp. 85-86.

lenguaje científico. Por último, habrá que señalar y llegado el caso ajustar las nociones filosóficas que se ponen en relación con el enfoque propio de la ciencia. La filosofía puede, y debe de buen grado, dejarse interpelar por la ciencia (y también por la teología) para que su propia mirada de las cosas sea cada vez más diáfana y se despoje de prejuicios. Desoír a la ciencia, o lo que es peor, entenderla mal, y más todavía en estos tiempos, puede perjudicarla considerablemente.

No está de más aclarar que esa mediación que propone Maritain no sólo puede evitar inútiles hostilidades, sino también falsas situaciones de convivencia. Por ejemplo, hay muchas personas de cultura no universitaria que, bajo el influjo de la ciencia, adoptan una mentalidad semejante a la de los científicos exclusivos, y no obstante llevan adelante una práctica religiosa activa, que reservan al ámbito de lo no racional. El desafío es, pues, superar ese dualismo y que sean capaces de reconocer la capacidad de la razón, en su registro filosófico, para llegar a la existencia de Dios.¹⁵

Conclusión

Como bien sabemos, Jacques Maritain fue uno de los hombres de fe que con más lucidez interpretó los signos de su tiempo y, acaso iluminado con el don de profecía, anticipó el llamado a la nueva evangelización. El mundo que conoció tan bien en el espacio y en el tiempo a lo largo del siglo XX fue para él como el campo del sembrador, ávido de las semillas de una cristiandad fiel a su esencia y a la vez renovada. Pero esa conversión sólo sería posible si se purifica lo más alto del hombre, que es su intelecto. La *liberación de la inteligencia* es la tarea impostergable, para la cual es preciso reunir la dispersión de las fuerzas aplicadas en cada uno de los ámbitos de la ciencia en una mirada sapiencial, que será entonces la clave inspiradora de todo el conocimiento. Según sus propias palabras, es una tarea «no de destrucción o de negación, sino de conquista y de integración. Obra dramática, en verdad, pues no es menos grave el peligro de descuidar el menor de los principios de la sabiduría perdurable o de ignorar la menor de las verdades recientemente descubiertas en el flujo de una búsqueda jamás estabilizada.»¹⁶

En nuestros días tenemos el compromiso de continuar su obra en medio del diálogo entusiasta entre científicos y teólogos, un ámbito que promete ser muy fértil, pero donde la

¹⁵ *Dios y la ciencia*, pp. 82-83.

¹⁶ *Le sens de la condamnation* en OC III p. 1267.

cizaña crece junto al trigo. En el desarrollo de ese apostolado será indispensable el instrumento de una sabiduría filosófica curtida a lo largo de los siglos, cultivada por grandes espíritus y elegida por la Iglesia para hacer inteligibles los resplandores de la Palabra. Esa sabiduría nos exhorta a distinguir para unir, pero no sirviendo a los hombres sino a la verdad que es el auténtico bien al que todos, a veces sin darse cuenta, aspiran desde lo más profundo. En nombre de esa sabiduría hemos de ser capaces de alcanzar una unidad genuina, para lo cual «los investigadores deberán evitar por igual un separatismo perezoso y un concordismo demasiado condescendiente; y procurarán restablecer el vínculo vital sin destruir por eso las distinciones y las jerarquías esenciales del universo del saber.»¹⁷

Pero tal vez haya algo todavía más importante. Maritain nos dejó como legado la tarea de profundizar en una intuición que lo aguijoneó en los últimos años: la necesidad de una «epistemología existencial», una nueva dimensión en el enfoque de los problemas del conocimiento a partir de la realidad concreta y vital del sujeto que sale al encuentro del ser y de la verdad.¹⁸ Un capítulo impostergable de esa nueva perspectiva es la recuperación de la teoría aristotélica de los hábitos. La ciencia no está en nosotros como en un depósito, sino como una disposición espiritual que nos eleva y nos hace dóciles a la enseñanza de las cosas. Conocer, dice Aristóteles, es *hacerse lo otro en cuanto otro*, y los hábitos nos permiten crecer en esa connaturalidad con lo real.

Por eso es fundamental no solamente la formación teórica sino el cultivo de hábitos intelectuales y morales que, puestos en sintonía y en última instancia bajo la forma de la caridad, aseguren en el corazón de cada persona la amistad entre el científico, el filósofo y el creyente. Como se dijo antes, el hombre de ciencia, en cuanto hombre, tiene apetito de trascendencia, y no desdeñará los manjares de la sabiduría si sabemos presentárselos convenientemente.

No hizo falta que algunos «completaran» la sinfonía de Schubert para admirarnos de su música y tratar de componer música como él. Y tampoco tiene sentido hacerlo con Maritain. Al igual que nuestro apreciado Jacques, somos peregrinos en la historia y no hallaremos la Tierra Prometida de este lado de la muerte. Pero al meditar en la obra de los sabios tal vez tengamos la oportunidad de servir mejor a las demandas de nuestra hora. Seguramente un diálogo racional y sincero entre ciencia y teología puede esperar mucho de la enseñanza de Jacques Maritain. De nosotros depende.

¹⁷ *Los grados del saber* p. 107.

¹⁸ Cf. O. Beltrán *Jacques Maritain y la epistemología existencial* en «*Studium*» XII 2009 n.24 pp. 263-317